

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE LA PURÍSIMA
CONCEPCIÓN DE VALLADOLID

ENTRE LUCES Y SOMBRAS

(SOBRE MI EXPERIENCIA DE LA PINTURA Y EL GRABADO)

DISCURSO DEL ACADÉMICO ELECTO

ILMO. SR. D. SANTIAGO ESTÉVEZ GARCÍA

con motivo de su Recepción Pública, que tuvo lugar en el
Salón de Actos de la Real Corporación, el día 16 de diciembre de 1999

Y

CONTESTACIÓN EN NOMBRE DE LA CORPORACIÓN
POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO

ILMO. SR. D. JOSÉ CARLOS BRASAS EGIDO

VALLADOLID
1999

ENTRE LUCES Y SOMBRAS

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE LA PURÍSIMA
CONCEPCIÓN DE VALLADOLID

ENTRE LUCES Y SOMBRAS

(SOBRE MI EXPERIENCIA DE LA PINTURA Y EL GRABADO)

DISCURSO DEL ACADÉMICO ELECTO

ILMO. SR. D. SANTIAGO ESTÉVEZ GARCÍA

con motivo de su Recepción Pública, que tuvo lugar en el
Salón de Actos de la Real Corporación, el día 16 de diciembre de 1999

Y

CONTESTACIÓN EN NOMBRE DE LA CORPORACIÓN
POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO

ILMO. SR. D. JOSÉ CARLOS BRASAS EGIDO

VALLADOLID
1999

Señores Académicos:

Sean mis primeras palabras de sincera gratitud a esta ilustre Corporación por haberme acogido en su seno. Mi dedicación vocacional y profesional a la pintura se ve colmada con este alto honor y con la adscripción a las nobles tareas de esta Real Academia, en las cuales procuraré cooperar con todo mi entusiasmo.

Sucedo en el sillón académico al pintor **Don Luis Vivero Salgado**. A la hora de recordar su figura y su obra, me resulta difícil hacer un estudio objetivo de su extraordinaria personalidad humana y artística. Yo no soy historiador ni crítico, sólo puedo aportar mi experiencia de pintor para trazar aquí unas pobres e incompletas líneas sobre su brillante trayectoria profesional y sus cualidades como artista. Por ello, mi evocación de Luis Vivero no tiene pretensiones de erudición ni de carácter biográfico. Solamente deseo hacer constar mi más sincero elogio y admiración hacia su arte.

De formación académica, no fue ajeno sin embargo a los asomos de modernidad renovadora que por los años cincuenta trajo a Valladolid aquel interesante grupo artístico llamado *Grupo Pascual Letreros*, del que formó parte. Excelente dibujante y pintor con un gran dominio técnico, a lo largo de su trayectoria acudió a numerosas exposiciones y alcanzó señalados premios. De su habilidad y sensibilidad para el retrato dan cumplido testimonio los numerosos conservados en instituciones y museos, entre los que se cuentan los que guarda esta Real Academia.

Fue también un inspirado y sugestivo paisajista, que supo asomarse al campo de Castilla con una visión innovadora de los campos de dorados trigales y solitarias parameras. En ellos busca una máxima simplificación esencial, que le lleva a recrear una naturaleza geometrizada, de un dibujo constructivista y una estructura casi cubista.

Pero su trayectoria artística no se limitó al cultivo de la pintura y el dibujo, a exponer y atender a buen número de encargos; a esa vocación y dedicación se sumó también su experiencia y maestría en

el ámbito profesional del diseño y el arte gráfico y publicitario. Su aportación en este sentido fue muy notable, destacando sus realizaciones en el campo del cartel y de la ilustración de libros. En ese sentido, Luis Vivero dejó una profunda huella en sus numerosos discípulos a través de sus clases como profesor de esa especialidad en la Escuela de Artes Aplicadas de Valladolid, donde todavía se le recuerda tanto por su fecundo magisterio como por su cordialidad y afable trato.

Al sucederle en el sillón académico, quiero, con mi emocionado recuerdo, rendirle mi más sincero testimonio de admiración, no sólo por el legado de su obra, sino también por sus muchas y provechosas enseñanzas, que a buen seguro no se perderán nunca en el olvido y permanecerán vivas entre los jóvenes pintores de nuestra ciudad.

Y tras esta evocación y elogio de mi antecesor, quisiera ya abordar el tema que me he propuesto desarrollar como discurso de ingreso. Nunca he sido partidario de explicar ni de justificar mi obra. Es la primera vez en mi vida de pintor que lo hago. Me disculparán que no lea a ustedes un largo estudio académico ni que les ofrezca un tratado sobre el arte de la pintura. Mis palabras aspiran tan sólo a algo más sencillo: trazar algunas ideas y pensamientos que sirvan como reflexión sobre mi trayectoria artística, hacer un balance y dirigir la mirada hacia atrás al hilo de mis recuerdos. Con ello tal vez logre explicar lo que, modestamente, he querido aportar con mi obra y transmitir a ustedes algo de esa pasión que desde mi juventud he sentido, y continúo sintiendo, por el fascinante mundo de la creación pictórica y del grabado.

Desde muy niño mis padres me inculcaron el amor por el arte y me transmitieron una sensibilidad muy acusada hacia la música y en general hacia las bellas artes. Muchos domingos nos llevaban a mi hermana y a mí a Madrid a visitar museos, sobre todo el Museo del Prado, El Escorial, la Granja de San Ildefonso o a los jardines de Aranjuez. Esa sensibilidad me permitió captar, desde mis primeros años, las bellezas que la naturaleza y las cosas que me rodeaban me ofrecían.

Pero, sobre todo, desde esos comienzos, mi vocación y mis primeras vivencias están indisolublemente unidas a mi ciudad natal.

Siendo muy niño, me gustaba ir los domingos al Campo Grande para contemplar y dibujar a los orgullosos pavos reales con sus colas abiertas, majestuosas, pavos que yo pintaba una y mil veces. Pavos reales desagradecidos que dejaron una cicatriz eterna en mi frente. Recuerdo aquellas tardes en el Campo Grande, con sus paseos sombríos, con sus rincones románticos, en donde los bustos de Miguel Iscar o del Poeta Leopoldo Cano surgían entre hojarascas y enredaderas, con

su pátina de musgo y verdillo, como si el gran pintor Santiago Rusiñol les hubiese sacado de alguno de sus lienzos.

La ciudad, sus calles, sus viejas iglesias y casonas, su gran parque... forjó desde esos años infantiles mi temprana vocación y esa especial sensibilidad por la pintura y el dibujo que pronto me harían encaminar mis pasos decididamente por el mundo del arte.

Con apenas siete años, pasaba muchas horas en la iglesia de San Miguel. La iglesia era como mi propia casa. Conocía la iglesia hasta en sus más ocultos rincones: aquellos cuartos trasteros donde se guardaban grandes paños de terciopelo y dormían en el olvido viejas tallas de madera entre gruesas capas de polvo. Sus capillas, sus cuadros, sus retablos, su relicario... Me gustaba el olor del incienso y ver filtrarse la luz a través de las altas ventanales de la sacristía. Me gustaba ojear los grandes misales y tocar el armonio cuando no estaba el cura párroco, Don Agustín.

Ese conocimiento y esas vivencias iban a dejar en mí un poso imborrable. Los nombres de los pintores y artistas que allí habían trabajado eran para mí familiares y tan queridos, que toda esa huella y esa gran tradición se iba metiendo cada vez más dentro de mí e iba forjando mis anhelos de ser algún día artista.

También desde esos años infantiles me atraía poderosamente el campo. Me gustaba ir al pueblecito de mis abuelos –Villán de Tordesillas– y correr por las callejas y pasear por los campos cercanos, revolcarme en la paja y sentir el olor de las mieses al llegar la noche. No hay nada más evocador que los olores de las mieses, y la tierra mojada, y aquellas canciones populares que cantábamos acompañándonos con el acordeón al calor del hogar. Todo eso, los paisajes y las gentes de mi tierra me iba marcando y, poco a poco, me iba haciendo cada vez más sensible al mundo del arte y la pintura.

Y al lado de todo aquello, estaba el silencio. El terrible silencio. Nunca he sentido tanto el silencio, como a la hora de la siesta que me obligaban a dormir, cuando en los veranos el calor era implacable y caía sin piedad sobre el pueblo. Ese hondo silencio, que se ponía aún más de manifiesto por el zumbido de un moscardón o por los golpes a lo lejos del martillo del herrero golpeando cadenciosamente sobre el yunque, como si estuviera acompañando por martinetes a un viejo «cantaor» flamenco.

Yo he sentido y he amado desde entonces el silencio. En mis cuadros y grabados, en mis paisajes, en mis vistas urbanas o en mis interiores, el silencio siempre ha estado presente con su desolación y su poesía. Apenas hay gente en mis lienzos y en mis aguafuertes. Son escenarios solitarios, silenciosos y recoletos en su transcurrir cotidiano.

En aquellas temporadas que pasaba en aquel pueblecito, me gustaba también subir a los desvanes y revolver en los viejos baúles. Me parece estar viendo todavía aquella silenciosa alcoba con su gran lámpara de flecos y abalorios, aquella cómoda llena de nostálgicos objetos y amarillentas fotos de seres queridos, y escuchar el ronco sonido del reloj. Por eso, cuando al cabo de los años, perdida y olvidada ya mi juventud, visito aquella casa y sólo encuentro vacío y silencio, por eso me gusta pintar ambientes nostálgicos, casi dramáticos. Siento una especial fascinación por pintar alacenas, espejos y viejos cacharros perdidos en el rincón del desván. evocadores de las tiendas de anticuarios y chamarileros... un mundo gris, desolado y melancólico...

También desde entonces supe que quería pintar el paisaje de Castilla, el paisaje donde me crié: ese valle rodeado por las estribaciones de los Montes Torozos, cuyos nombres parece que hubieran sido *puestos por Miguel Delibes: La Torrejona, La Aguilera, Báscones, La Raposera, Las Regueras...* Paisajes de gran luminosidad y extraordinaria belleza en primavera, con las mieses emulando el oleaje del mar de Castilla cuando son mecidas por el viento. Paisajes de sequedad extrema en verano; de cálidos ocre y tierras calizas en otoño; y de heladas nieblas en invierno.

Siempre admiré a los grandes intérpretes del paisaje de Castilla. A Aureliano de Beruete, iniciador y descubridor de su belleza, hasta entonces inédita, pero, sobre todo, de siempre he sentido una particular atracción por la obra paisajística de nuestros paisanos: García Lesmes, Mucientes, Castro-Cires..., de todos ellos aprendí a ver y a comprender el paisaje de Castilla, sintiéndome un continuador y, de algún modo y con mis limitaciones, un poco heredero de toda aquella insigne tradición de artistas castellanos.

Pero además de mi interés por la temática rural, por los campos y los pueblos de Castilla, desde los comienzos de mi andadura artística, me he sentido particularmente fascinado por el paisaje urbano, y más exactamente por el de mi ciudad. Desde niño, siempre en las cercanías de la Plaza de San Miguel donde vivía con mi familia, aquellas calles y aquellas plazas tan recoletas y entrañables constituyeron mi escenario más querido, y al que dediqué mis primeros dibujos.

Quisiera recordar aquí, muy brevemente, aquellas vivencias de esos años juveniles, evocar aquella preciosa plaza de San Miguel, con sus bancos y jardines, hoy irremisiblemente perdida como tantos otros rincones del viejo casco urbano.

- Cuántas barbaridades se han cometido en nuestro querido Valladolid!
- Cuántas calles y plazas han perdido su añejo sabor!
- Cuántas casonas, patios y fachadas han desaparecido víctimas de la despiadada piqueta en aras de un mal entendido desarrollismo que no hacía sino esconder malamente egoístas y mezquinos intereses económicos.
- De cuántos lugares solitarios y líricos rincones nos han privado a los pintores y a los poetas!
- Cuánto ha cambiado y se ha transformado nuestra ciudad!
- Cómo olvidar aquellas fachadas con viejos letreros publicitarios, en los soportales del entorno de la Plaza Mayor, los antiguos balcones y miradores en las calles recoletas y silenciosas! Aquellas rancias tiendas de comestibles, evocadoras de un cuadro de Gutiérrez Solana, aquellos zapateros de portal, aquellas droguerías, donde los pintores podíamos encontrar todos los productos para nuestras recetas de taller... porque entonces nos preparábamos nosotros amorosamente nuestros cuadros...

De aquellas droguerías sólo ha sobrevivido, que yo sepa, una, que está en la calle de las Angustias. Todavía he podido encontrar en ella, algunos productos que ya nadie vende y que yo, como romántico grabador, me gusta tener, aunque no los utilice. Porque el grabador es una mezcla de droguero y artista, de alquimista y artesano. En las estanterías de mi estudio hay botes antiguos con sulfato de cobre, sal, amoníaco y alumbre de roca, para hacer el mismo ácido que usaba el genial grabador Giovanni Piranesi, o vitriolo romano y cardenillo de Francia, para la fórmula de Angelini, o betún de Judea, almáciga, pez griega, cera virgen, asfalto y ámbar para los barnices que usaban antiguamente los más grandes grabadores, como Alberto Durero, Rembrandt o nuestro inmortal Francisco de Goya.

Al lado de la pintura al óleo, el grabado ha sido la gran pasión de mi vida. He de confesar que, desde mis primeros pasos en el mundo del arte, siempre me sentí profundamente atraído por el grabado. El grabado es para el artista un reto al que difícilmente puede sustraerse. Tardé un tiempo en atreverme a cultivarlo, pues me costaba dar ese paso adelante que te sumerge luego en ese mundo tan fascinante, tan creativo, ese mundo poético y misterioso como pocos y que te produce las más grandes satisfacciones a que puede aspirar un artista.

Acercarse al grabado no sólo exige conocer y llegar a dominar los secretos de la técnica y las recetas de taller. Requiere, sobre todo, grandes

dosis de paciencia, mucho trabajo y una dedicación casi exclusiva... El tiempo no cuenta. El grabador debe saber esperar y dejar que el ácido grave pacientemente lo que hemos marcado sobre la plancha. No se puede tener prisa cuando se realiza un grabado. Desde cortar, pulir y biselar la plancha, hasta el entintado y limpieza de la misma para conseguir la primera prueba de autor, son muchas las etapas que hay que recorrer. El grabador debe conversar, dialogar con el cobre, y el noble metal debe responderle; y será éste, con su cambio de aspecto, el que le dirá si el trabajo va por buen o mal camino. A pesar de todo ese delicado y minucioso proceso, nunca se tiene la certeza de un óptimo resultado hasta que el tórculo, juez supremo, nos revela finalmente nuestro acierto o nuestra torpeza.

Si para pintar un cuadro pudiera bastar con un rincón en casa o en tu estudio, el taller del grabador es mucho más complejo. Se necesita una estancia lo más tranquila y cómoda posible donde no falte la mesa en la que se grabarán las planchas, con una luz de una ventana dirigida al norte si es posible y con los cristales traslúcidos, o bien una lámpara con difusor de luz si se trabaja de noche. Una estancia diferente se reservará para el preparado de las planchas, en la que no podrá faltar una máquina de corte para dimensionar éstas al tamaño deseado, limas varias, lijas de granos muy finos, bandejas para los ácidos, caja de granear, disolventes, etc. Otra estancia será la que se destine a la estampación. En ella habrá una mesa amplia con una bandeja para sumergir el papel en agua durante varias horas para colocarle luego entre papeles secantes a fin de conseguir la humedad idónea para lograr una perfecta estampación. Una mesa calorífera nos calentará la plancha para un fácil entintado. Y en fin, una estantería con tintas, aceites, espátulas, tarlataninas, polvos de talco, etc. Y presidiendo todo, el tórculo, majestuoso, juez inapelable que dirá la última palabra, y que bajo la fuerte presión de los rodillos a través de las mantas de fieltro, arrancará de la plancha la imagen que hemos grabado.

Mis primeros balbuceos e incursiones en el mundo del grabado, comenzaron en el año 1973, en una exposición que tuve en la ya desaparecida Galería Olenka. Aquella sala dio cabida a grandes pintores durante esos años y por ella desfilaron, entre otros, Joaquín Vaquero Palacios, Vaquero Turcios, Anciones, etc.

Estos primeros balbuceos en el mundo del grabado, consistieron en una serie de monotipias que representaban cementerios abandonados y pastores con rebaños.

La monotipia no tiene más afinidad con el grabado, que el uso del tórculo. No se necesita ni barnices, ni ácidos, ni puntas de grabar. Se

necesita solamente, un poco de tinta, el uso del tórculo, y mucha personalidad y sentido de la elegancia en quien lo practica. Los efectos que se alcanzan con este procedimiento son sorprendentes. Ni siquiera el aguafuerte, con todos sus medios, con todos sus artificios manifiestos y ocultos, es capaz de dar contrastes tan vivos, de suscitar luminosidades tan puras y cegadoras.

Con la linoleografía, procedimiento de grabar sobre planchas de linóleo, con buriles, me sumergí ya dentro de lo que es el mundo del grabado en hueco, aunque es cierto que tanto en este procedimiento como en el de la monotipia, no usaba todavía tórculo, sino un procedimiento mucho más sencillo y rudimentario: la presión de una cuchara por su parte convexa.

Fue a partir del año 1980, cuando en mi estudio de la Calle Regalado, un piso antiguo que tuve la suerte de compartir con mi entrañable amigo y académico de la Purísima Concepción Adolfo Sarabia, fue, digo, cuando me lancé de lleno a grabar. A esta tarea, me entregaría sin descanso, a partir de entonces.

Fue en ese estudio donde nació y se estampó mi primer libro de grabados, que titulé **«Con sabor a cobre»**. De él se hicieron sólo doce únicos ejemplares con dieciocho grabados cada libro, ilustrados con otros tantos maravillosos poemas de Adolfo Sarabia, escritos de su puño y letra.

En ese estudio pasé los años más prolíficos de mi carrera artística. Las viejas tarimas de su largo pasillo que conducía a la destartalada cocina, empezaban a crujir desde muy temprano, y la noche me sorprendía trabajando sobre la plancha de cobre, como un fraile grabador en la celda de un monasterio, siempre con un fondo de música gregoriana, o una cantata de Juan Sebastián Bach, o con el Réquiem de Mozart, muchas veces con aroma de incienso que yo mismo quemaba en un pequeño incensario. De vez en cuando hacía un alto en mi trabajo y llamaba al cuarto de Adolfo o viceversa y fumábamos un pitillo y charlábamos..., para continuar luego trabajando hasta muy metida la noche. Y allí surgieron mis cuadros de paisajes de Castilla, mis lienzos de interiores, mis alacenas y naturalezas muertas... y sobre todo, mis mejores grabados... Años después, en 1987, sale a la luz mi segundo libro de grabados, una edición similar a la anterior, que llevó por título **«Un crepitar de sombras encendidas»**. Constaba de treinta y cinco ejemplares con veinticinco grabados cada libro y en esta ocasión iban acompañados de un admirable texto en tipografía de mi buen amigo y también académico Antonio Corral Castanedo. Aquellos grabados y otros muchos que expuse en diversas ocasiones en la Galería Castilla y

en otras salas de Valladolid, León, Barcelona, Santander, Vigo, Oviedo, La Coruña y otras ciudades, tuvieron siempre una excelente acogida entre el público y merecieron críticas muy elogiosas. La pintura y el grabado han ido siempre juntas en todas esas muestras, y seguirán así en el futuro, íntimamente unidas, pues yo no entiendo la una sin la otra. Ambas son mis dos formas de expresión más entrañables, necesarias y complementarias en mi manera de ver y entender el arte

Al cabo de los años, cuando dirijo la mirada hacia atrás, pienso cuán lejos queda aquella primera exposición que hice en Valladolid en enero de 1961 en el Palacio de Santa Cruz. Casi me atrevería a decir que era la única sala de exposiciones que había entonces. En ella expuse mis primeras obras, incipientes trabajos, que eran dibujos de calles de Valladolid, dibujos realizados con flomáster, así como paisajes de Castilla, realizados con ceras. Allí también conoció mi obra, entre otros, el inolvidable periodista Enrique Gavilán, con el que hice amistad y tuve la gran suerte de acompañarle en sus viajes por los pueblos de Valladolid para ilustrar con mis dibujos su sección «Viaje por la provincia» publicada en las páginas de El Norte de Castilla.

Tres años más tarde, hice mi primera exposición de óleos en la Galería Castilla. En los primeros años de la década de los sesenta, Eliseo Simón había abierto su primera galería, en una bodega de la calle de La Pasión. Era una galería pequeña pero muy bonita. Poco tiempo duró allí, porque la humedad la invadió por todas partes. Y se trasladó a la calle de la Catedral. Allí nos reuníamos en animadas tertulias conversando durante largo rato con los pintores que colgaban sus cuadros. En esa galería realicé varias exposiciones, hasta que pasó a la Plaza de la Universidad, en donde asiduamente y alternando con otras galerías he venido exponiendo hasta la actualidad.

Yo quisiera rendir un pequeño homenaje a Eliseo, porque desde aquella galería hizo una gran labor dando a conocer en nuestra ciudad a muchos y excelentes pintores de prestigio nacional. Trajo a Valladolid las mejores firmas: Barjola, Álvaro Delgado, Lucio Muñoz, Viola, Redondela, Martínez Novillo, Gregorio Prieto, Benjamín Palencia... y tantos otros. Con ellos aprendimos a ver pintura. Surgieron al mismo tiempo otras salas de exposiciones, como la ya nombrada Galería Olenka, y las salas de la Caja de Ahorros de Salamanca, Caja de Ahorros Provincial, y Banco de Bilbao, que también albergaron firmas importantes y en las que expuse repetidamente mis obras.

Si tuviera que definir mi pintura, diría que fundamentalmente es una pintura profundamente sentida, una pintura que ha querido reflejar,

ante todo, honradez: basada en un constante afán de superación, y sobre todo en el esfuerzo y en el trabajo de día a día. Nunca me he planteado rebuscados planteamientos conceptuales, me basta con expresar mi emoción pictórica: el cielo gris que domina la sequedad de unos trigales, las luces doradas del otoño en Simancas, la fábrica y el molino, la caseta abandonada en el páramo, los primeros almendros o la ermita solitaria.

Y termino. No he querido con estos recuerdos ensalzar mi obra. Sólo he pretendido, de algún modo, haceros un poco partícipes de mis sensaciones y mi experiencia en este mundo tan sugestivo y misterioso de la creación artística, a través de esos ya largos años de dedicación a la pintura y el grabado.

Con mis palabras, he pretendido también mostrar mi agradecimiento a cuantos han confiado en mí, y creyeron en mi obra. Pero sobre todo, quiero agradecer a los miembros de esta Real Academia su benevolencia al acogerme en esta ilustre casa. Mi más expresiva gratitud por haber confiado en mí, y poder hallarme hoy entre vosotros. Por mi parte, procuraré con mi dedicación y mi esfuerzo, con mi entusiasta colaboración, contribuir a las tareas de la Real Academia, para así hacerme merecedor del alto honor que se me otorga. Muchas gracias.

HE TERMINADO

CONTESTACIÓN DEL
ILMO. SR. D. JOSÉ CARLOS BRASAS EGIDO
ACADÉMICO DE NÚMERO

Señores Académicos:

Recibimos hoy en nuestra Corporación a don Santiago Estévez García, pintor y grabador. Para quien corresponde el discurso de contestación constituye una gran satisfacción, no sólo por razones de cordial amistad, sino también por tratarse de uno de los artistas más representativos del actual panorama pictórico en nuestra ciudad.

Estévez, por vocación y paisanaje, forma parte de ese grupo de pintores netamente castellanos, de esa escuela, fundamentalmente de paisajistas, que cuenta desde comienzos de siglo con una larga tradición, y a la que han pertenecido y pertenecen algunos de los más destacados miembros de esta Real Academia.

Como es preceptivo, me corresponde trazar la biografía y analizar la personalidad artística del nuevo académico. Tarea nada fácil pretender, con la brevedad que impone esta contestación, resumir una larga andadura profesional, una vida de entrega al arte con sus luces y sus sombras, a las que alude el título del discurso de ingreso que acaba de leernos el recipiendario.

Para ese cometido, no obstante, contamos con una ayuda inestimable: su obra, sus óleos y sus grabados. Toda la biografía de Estévez está en ellos. El nuevo académico es un artista para el que la pintura es fruto y consecuencia del sentimiento. Pinta lo que siente. Hoy paisajes; mañana interiores; pasado, una naturaleza muerta. Pintura profundamente sentida. Sinceridad y honradez, laboriosidad y renovación constante, todo ello unido a una técnica impecable, que raya en la maestría, conforman los rasgos que caracterizan y definen su ya extensa obra.

Nacido en Valladolid el 31 de diciembre de 1940, muy pronto siente la llamada vocacional del arte. Tras cursar unos años música en el Conservatorio, en 1955 ingresa en la Escuela de Artes y Oficios de nuestra ciudad, matriculándose en modelado y dibujo. Tuvo como profesores a José Luis Medina de Castro y a Sinfiriano de Toro, ambos académicos de esta Real Corporación.

En enero de 1961, cuando se hallaba realizando su servicio militar, monta su primera exposición, que tiene por escenario el Palacio de

Santa Cruz. En aquella sala expone dibujos y apuntes a la cera sobre rincones de Valladolid y los pueblos de los alrededores.

Comienza por entonces a darse a conocer y colabora como ilustrador en las páginas de *El Norte de Castilla*. Sus dibujos ilustran las crónicas viajeras de aquel gran periodista que fue Enrique Gavilán, publicadas en su sección «Viaje por la provincia». Esos apuntes sobre la vida de los pueblos castellanos le permitieron obtener un conocimiento detallado y profundo de la realidad humana y sociológica de nuestros campos y campesinos. Aquellos viejos palomares abandonados, aquellos paisajes rurales y urbanos, molinos, labradores y pastores, aquella extensa geografía de soledad y de tristeza..., fueron depositando en su ánimo un rico contenido de emociones, que enseguida expresaría a través de la pintura.

Sale entonces al campo a pintar. La amistad con Gavilán y con Cuadrado Lomas y Gaona influye por esos años en su quehacer pictórico y en su forma de enfocar el paisaje.

Con esos cuadros realiza su segunda muestra individual y primera de óleos, exposición que tiene lugar en mayo de 1964 en la Galería Castilla. Allí, en la bodega de Eliseo presenta veinticinco cuadros: paisajes, bodegones y algunos retratos. En esos primeros paisajes castellanos gusta de una paleta pletórica de luminosidad y alegre policromía, colorido que posteriormente se irá haciendo cada vez más sobrio y austero.

A partir de entonces se suceden las exposiciones individuales en las distintas salas de Valladolid y en otras ciudades españolas. Desde esos comienzos, el paisaje de Castilla y, en concreto, los rudos campos de Torozos, escenario que conocía muy bien, se convierte en su tema recurrente.

Poco a poco la Castilla viva, llena de luz, alegre sin estridencias, deja paso a otra de tonalidades grises y oscuras. A través de sus personales versiones de la tierra áspera y árida, se adentra en una Castilla desconocida, melancólica y solitaria. Es el momento en que su pintura roza cierto expresionismo, más en el color que en la forma. Atraviesa entonces una época de fuertes empastes, emplea tonos mortecinos, apagados... Sus lienzos recrean una dramática y desolada visión de las tierras pardas de Castilla, bajo cielos grises de tormenta.

Tras esos prometedores comienzos, y después de haber celebrado un considerable número de exposiciones, en 1968 el pintor interrumpe inesperadamente su trayectoria, iniciando un paréntesis de silencio que va a durar cinco años. Desorientado, el artista entra en un período de crisis que le lleva a dejar de pintar y exponer su obra. Las dudas abaten

su ánimo. No se encontraba a sí mismo, no estaba seguro de que valiese la pena continuar por el camino emprendido. Son años, sin embargo, que le permiten meditar, pensar, enriquecer su mundo interior...

No obstante, su pasión por la pintura no le permite estar inactivo del todo, aprovecha esa etapa para seguir aprendiendo, perfeccionar sus conocimientos y mejorar su técnica pictórica con el ejemplo de otros pintores.

Es en 1973 cuando esas dudas comienzan a disiparse, cuando empieza a estar seguro de dónde y cómo debía seguir su andadura artística, cuando vuelve a exponer. Ese año reaparece con una exposición en la Galería Olenka, muestra muy reveladora del nuevo rumbo que quería dar a su pintura. A partir de entonces, se advierte en su producción una serie de cambios positivos. El artista regresa con una técnica mucho más depurada y perfeccionada, con una esmerada elaboración y una nueva concepción pictórica. Independientemente de esos indudables progresos, la exposición suponía también el hecho de continuar por el mismo camino que se había marcado desde el principio de su carrera: hacer pintura de verdad, pintura profunda y sincera.

Lo que no cambia es la temática. Estévez sigue cultivando el paisaje porque sigue creyendo que es esencial para el hombre: el paisaje nos rodea, convivimos con él, en cierta manera configura nuestra forma de ser.

Sin embargo, pese al protagonismo que el paisaje tiene en su obra, el artista, llevado por la desbordante inquietud de crear, abarca desde entonces otras interesantes facetas dentro de su producción pictórica. Y así, además del paisaje, a partir de ahora cobra mayor fuerza un tema que ya había tratado desde sus comienzos, pero que alcanza por esos años su mejor expresión, ocupando un lugar muy importante dentro de su obra. Nos estamos refiriendo a la Naturaleza Muerta.

Surgen entonces esos bodegones de viejos objetos hallados en desvanes y en oscuros rincones de tiendas de anticuario, utensilios cotidianos antes funcionales y hoy misteriosas y desoladas apariciones de naturaleza muerta que reflejan el paso inexorable del tiempo. Son cuadros densos, sombríos, de empastes bien trabajados. Con frecuencia pega «collages» con hojas de viejos periódicos, a veces de El Norte de Castilla, como añoranza y homenaje a ese diario en el que se dio a conocer siendo un muchacho.

Despliega en sus lienzos todo un repertorio de sencillos objetos de metal o de barro distribuidos de forma aparentemente anárquica en los vasares y repisas de una alacena. Son testigos de un tiempo lejano, alegorías del transcurrir de la vida, viejas «vanitas» que el pintor recrea

con un poético lenguaje hiperrealista. Jarras de latón con flores, cacharros de cocina, relojes antiguos, libros, partituras e instrumentos musicales, espejos rotos..., objetos cubiertos de polvo, que ponen su nota de color sobre los fondos oscuros, y que nos hablan de un instante captado y perpetuado, recuerdos de mundos que se están perdiendo irremisiblemente.

La misma sensación de silencio y ausencia, idéntico realismo de lo cotidiano hallamos también en sus interiores de rincones perdidos. Son esos ambientes sombríos y de serena melancolía que nos introducen en interiores de palomares o de casonas abandonadas, un mundo de sombras difuminadas impregnado de nostalgias, presidido siempre por una vaga sensación de abandono y tristeza.

Y al lado de su obra pictórica, desde esos mismos años hace su aparición otra de las más brillantes facetas creadoras de Santiago Estévez: el grabado. A este propósito, es de valorar especialmente su cultivo, pues no ha sido pródiga nuestra ciudad en artistas grabadores.

A partir de 1973 empieza a experimentar a fondo con el grabado, un mundo que cada vez le apasiona más y más. Se encierra en su estudio de la calle Regalado y comienza realizando monopotipos. Unos años después entra ya con fuerza en este sugerente mundo, y conforme va dominando tan difícil técnica, aborda su colección de estampas valli-soletanas.

Desde 1980 alterna la pintura al óleo con el cultivo del grabado, convirtiéndose este último en una de sus más afortunadas expresiones plásticas. Son sus grabados, en su mayoría, aguatinas puras, si bien algunos de ellos tienen parte de aguafuertes.

El pintor, en su infatigable deambular por su ciudad natal, sale al encuentro del pasado. Recorre las calles y plazas del centro histórico, y acierta a encontrar en ellas esos lugares solitarios y evocadores, en los que el tiempo se ha detenido. Capta su luz, su color, su transcurrir cotidiano... Surgen así esas viejas estampas en las que el ayer y el hoy se funden, rincones entrañables que conservan todavía un encanto especial y que nos traen a la memoria recuerdos y resonancias del lento transcurrir de la vida diaria, llena de trabajos y silencios.

Fachadas con viejos letreros publicitarios y sometidas a una visión diferente según las distintas horas del día y los contrastes de luces y sombras; umbríos soportales, balcones y miradores vacíos de gente; calles recoletas y silenciosas, como oasis en medio del bullicio y el fragor de la urbe moderna, viejos edificios, caserones que todavía conservan su añeja fisonomía, lugares solitarios que alguna vez tuvieron vida..., toda una visión del más delicado lirismo ha quedado perpetua-

da y salvada del olvido gracias a los numerosos grabados salidos del taller del artista.

Es curioso el hecho de que apenas si haya realizado grabados de otras ciudades. No se identifica con otras poblaciones. Le interesa fundamentalmente Valladolid, el de sus años infantiles, el de su mocedad... Y le atrae porque, según nos confiesa, nuestra ciudad tiene una luz especial, una luz que lame las fachadas y proyecta unas sombras alargadas y sugerentes. En esas calles y rincones, el juego de la luz y la sombra adquiere su más serena y poética definición.

Por otra parte, y desde el punto de vista de la técnica, en los grabados de Estévez, destaca la limpieza de ejecución y un dominio extraordinario del dibujo. Como acierta a señalar una estudiosa del grabado, la profesora Blanca García de la Vega, en sus aguatinas el artista sigue fielmente las directrices de los maestros del pasado y utiliza las técnicas que usaron los grandes artistas de los siglos XVII y XVIII. No le interesa innovar. Realiza sus grabados con los métodos más clásicos y puros, sin concesiones a la libertad total que se ha impuesto en el grabado contemporáneo, en el que todo es lícito, con tal de conseguir originalidad.

Como romántico grabador que es, en sus aguatinas y aguafuertes Estévez se recrea en el estudio de las luces y las sombras, en esos delicados efectos de claroscuro que consigue con el predominio de la técnica de la resina, procedimiento que ofrece esa calidad especial porosa, que jamás se obtendría con un simple rayado o dibujo sobre barniz.

Desde entonces hasta hoy, el artista ha realizado cientos de planchas y dos libros de grabados. Innumerables matrices de cobre subyugadas por el ácido jalonan su trayectoria como grabador, sin duda su faceta más conocida y elogiada, tanto por la crítica y el público como por los mismos grabadores y especialistas en este difícil arte.

La dedicación al grabado y la favorable acogida que desde entonces han tenido sus estampas de vistas urbanas, no han llevado a Estévez sin embargo a descuidar su producción pictórica, pues la pintura sigue siendo para él la actividad fundamental dentro de su quehacer como artista.

Al contrario, su obra pictórica se ha enriquecido con su experiencia como grabador. Desde la década de los años ochenta y hasta nuestros días, su pintura da muestras cada vez de un mayor progreso, y actualmente se halla en un momento de espléndida madurez. El artista se encuentra más seguro, dominador de formas y colores siempre dentro de su proverbial sobriedad.

Ha abandonado su dramática visión de las tierras de Castilla para abocar en una mayor serenidad plasmada ahora en un hiperrealismo

armonioso. Busca en sus paisajes los efectos luminosos de las brumas; muestra una pintura rica en empastes y en vibraciones lumínicas y cromáticas. Su más reciente producción, sus últimos óleos han sido elaborados siguiendo una depurada técnica de veladuras, de muy paciente trabajo, de limpias y suaves texturas. El bien hacer es la meta primordial de Santiago Estévez, para ello no importan las muchas horas pasadas delante de cada lienzo y la minuciosidad con que aplica las capas de óleos transparentes una sobre otra.

En sus más recientes paisajes están presentes muchas veces las nieblas, esas nieblas ribereñas del Pisuerga que, en la suave tristeza del frío invierno, bañan de medias luces los campos áridos del paisaje vallisoletano.

Pero con ser muy característica de su última obra, esa dedicación a los paisajes brumosos no es incompatible con otros enfoques, que el pintor descubre en su diaria contemplación de las tierras de Castilla. No sólo le interesa la frialdad de los campos yermos bajo los cielos grises, también le atrae el paisaje bajo las luces doradas del otoño, donde se reconcentran todas las gamas de los ocre y sienas. También le fascina la contemplación de Castilla en verano. Es entonces cuando, aprovechando las largas temporadas en su estudio de Villán de Tordesillas, gusta de captar la frondosidad de los valles y vaguadas, o la amplitud de los trigales transformados en sinfonías cromáticas de amarillos dorados y encendidos.

Alguna vez la crítica se ha referido a Estévez como un pintor castellano para la melancolía y la sobriedad, pero esa definición no es del todo exacta. No se trata en modo alguno de un pintor sombrío y atormentado, sino de un artista de extraordinaria sensibilidad capaz de recrear los más diversos matices, las más poéticas atmósferas, y sutiles efectos luminosos.

De lo que no cabe duda es de que se trata de un pintor esencialmente enraizado en Castilla. Toda su obra respira un aire castellano, local. Santiago Estévez se siente totalmente identificado con nuestra tierra. Su pintura, ahora más que nunca, está llena de paisajes y de objetos castellanos que encuentra en su peregrinar por los pueblos de la provincia de Valladolid y recrea en la paz de su estudio, en el pueblo de sus abuelos.

Pero a sus cualidades como pintor y grabador, el nuevo académico une otras muchas facetas con las que a buen seguro puede y debe enriquecer la actividad cultural que esta Real Academia de Bellas Artes viene desarrollando. Hombre vitalista por naturaleza, inquieto indagador de caminos y formas, Estévez cultiva la fotografía, el cine amateur,

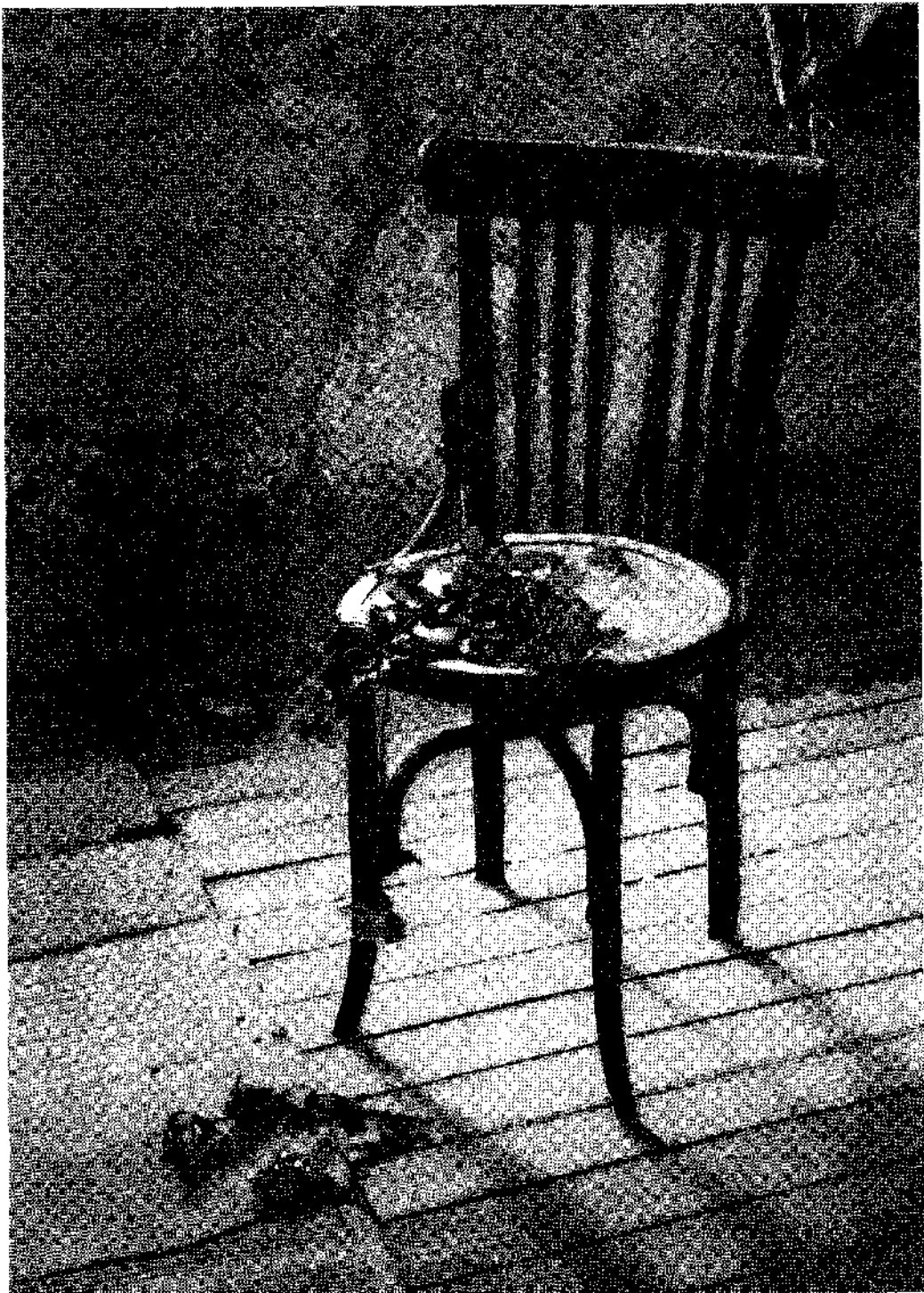
ha estudiado música y es un ferviente melómano y, sobre todo, en los últimos años actúa y dirige una de las compañías de teatro más prometedoras y entusiastas de las surgidas en nuestra ciudad... Todo aquello que le atrae y le sirve para expresarse, lo experimenta o lo ha experimentado en algún momento.

En este sentido, su discurso ha sido bien elocuente de sus inquietudes artísticas. No ha sido una pieza convencional de circunstancias, sino un examen de conciencia, una confesión de sus más íntimas vivencias y relación con el mundo de la creación artística en su doble faceta de pintor y grabador.

Por todo ello la Academia ha de sentirse gratamente complacida de contar desde hoy con un nuevo colaborador de la singular valía de Santiago Estévez.

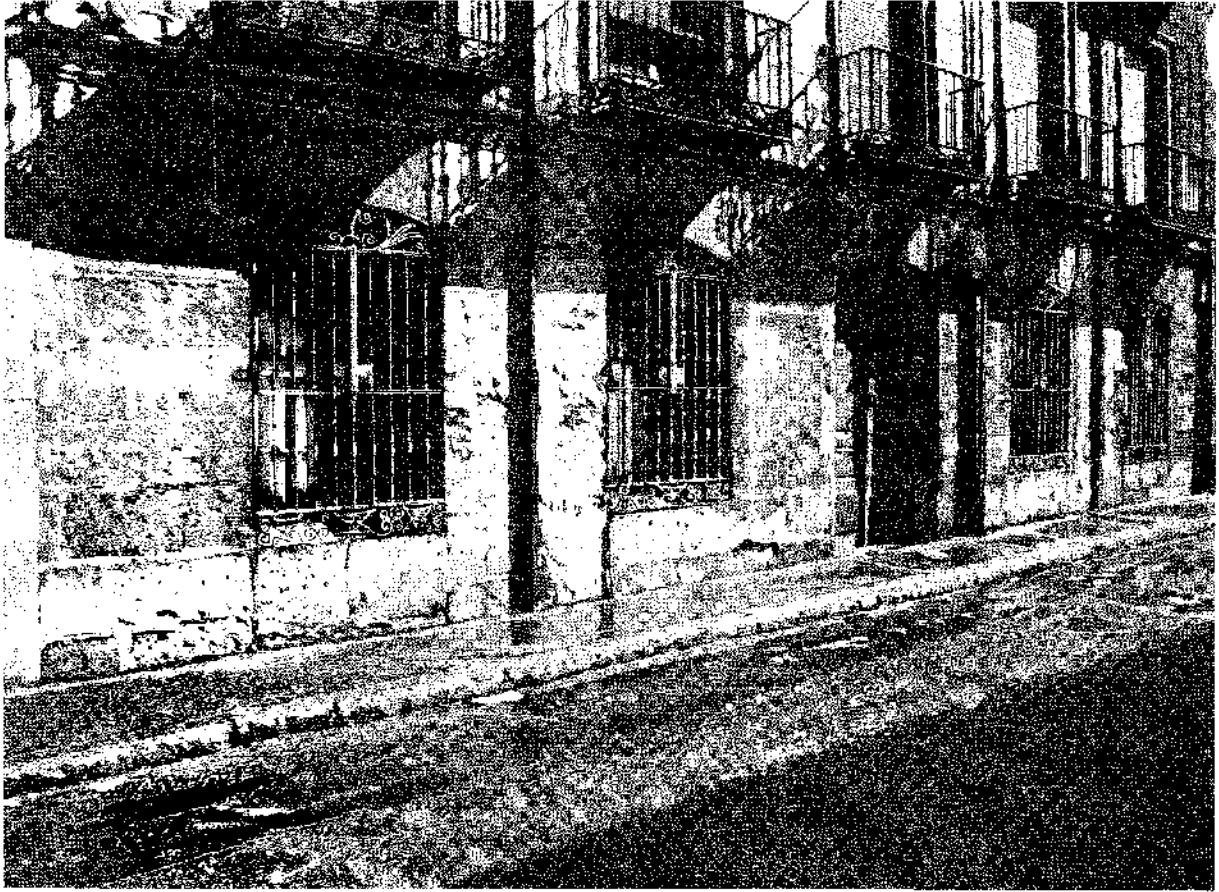
Bienvenido pues a nuestra casa este nuevo compañero y amigo y que la Academia le sea propicia, como él útil y propicio a la Corporación. Así sea.

HE DICHO



SE FUE SIN DECIR ADIOS

Aguafuerte y aguatinta. 235 x 320 mm.



DESPUES DE LA TORMENTA

Aguafuerte y aguatinta. 320 × 235 mm.

